

Memoria defensiva

Una selección de escritos de
Alfredo M. Bonanno

Una coedición de:
Literata Marginalis / Imprenta Comunera

2025
Medellín/Cali

Título: Memoria defensiva
Autor: Alfredo M. Bonanno
Edición colombiana realizada por:
Literata Marginalis e Imprenta Comunera.
Medellín- Cali, febrero 2025.

Revisión del texto: Leo Margonis / Armando Quilombo
Ilustraciones: Andy
Portada: Cerebros destruidos

Literata Marginalis
Imprenta Comunera.
No hay derechos reservados
Impreso en Cali

MMXXV

Índice

Nota editorial ...

Primera parte: EL proyecto revolucionario.

- I. El proyecto revolucionario. ...
- II. Afinidad y organización informal. ...
- III. Organización de síntesis y
organización informal. ...
- IV. Autonomía del individuo. ...

Segunda parte: Anexos.

- 1. Memoria defensiva presentada ante el Juez de la Audiencia Preliminar de Roma el 8 de marzo de 1997. ...
- 2. Posibilidades de desarrollo de la lucha insurreccional de masas hacia el comunismo anarquista. ...
- 3. Por qué somos anarquistas insurreccionalistas. ...

Prólogo

Hace algunos meses estos dos procesos editoriales se habían pensado una forma de homenajear la figura del compañero Bonanno que murió hace poco más de un año. Con algunos retrasos y prolongaciones debido a la distancia que separa las ciudades en las que se desenvuelve cada proyecto, se ha podido dar vida a una obra recopilatoria de este compañero que nos ha resultado y nos sigue resultando una persona llamativa en la teoría y en la práctica anarquista.

Reconocemos que los contextos en los que se desarrollan estas ideas, difieren mucho de los nuestros, no podemos hablar de una propuesta anarco insurreccionalista en, por ejemplo, las ciudades que habitamos, a diferencia de las experiencias de las que hizo parte Bonanno en Italia y otros lugares de Europa, en los que ya había un desarrollo histórico de experiencias anarquistas.

En este territorio dominado por el estado colombiano es mucho más fácil encontrar acciones subversivas o "insurreccionales" por parte de los grupos guerrilleros que se crearon durante la segunda mitad del siglo

pasado y que tienen una orientación política más inclinada hacia la izquierda autoritaria, con esperanzas en una transformación por medio de la toma del poder. No es tan fácil identificar y construir el recuerdo de una experiencia en la que algún grupo al insurgente haya actuado bajo la bandera antiautoritaria anarquista en forma de expropiaciones o creaciones de células armadas urbanas o rurales, como sí lo fue en el caso de Italia, donde hubo apariciones fugaces y/o duraderas de grupos armados o desarmados abiertamente anarquistas.

Cuando nos encontramos con la figura del compañero Bonanno y del anarco insurreccionalismo quedamos ante una propuesta de vida que puede parecernos un tanto romántica, en el sentido en que la práctica revolucionaria expropiadora y que incita al ataque directo por medio de la vía armada se nos muestra como un medio válido, necesario y urgente para propiciar escenarios en los que se materialice la idea, pero frente a la que debemos tener una postura crítica (a la que también nos insta Bonanno) debido a la distancia que puede separar el contexto en el que pudo desarrollarse la práctica por medio de tal o cual experiencia, y nuestros contextos.

No es lo mismo una Italia que viene de una Resistencia al fascismo en cabeza de Mussolini y lo que quedó de todo ello, así como también el surgimiento y desarrollo de las mafias, a un lugar como este, conocido como Colombia en el que no ha habido una dictadura declarada (lo que no quiere decir que no hayan dinámicas dictatoriales) y en el que el conflicto armado ha dejado como consecuencia un monopolio total a las fuerzas paramilitares en las principales ciudades del país en colaboración con las fuerzas estatales. Que sí, que esto que se está describiendo demuestra al mismo tiempo la importancia de la postura anarquista al denunciar esa realidad que confirma lo que siempre se ha dicho, la dependencia entre sí de esos dos organismos que se muestran como rivales pero que dependen uno del otro para su desarrollo, hablamos del Estado con todas sus fuerzas represivas y del ParaEstado con su brazo armado.

Entendemos que estas realidades sean un aliciente para radicalizar las propias perspectivas y formas de lucha, pero más allá de traer una práctica que se dio en Europa, la invitación es a revisar qué de ello nos es propio y necesario extraer y en qué momentos, qué

desechamos, qué reconstruimos, qué adaptamos y qué no de todo ese conjunto de propuestas.

No hay que tener un arma en la mano para decirse simpatizante del insurreccionalismo anárquico, esto se dice debido al fetiche que parece darse en algunos espacios por el uso de las armas como fin en sí mismo y no como medio. Con respecto a las consignas antes expuestas es claro que hay una postura de afinidad total con ellas. Es claro que son las consignas que quisiéramos tener en cuenta para guiar nuestras acciones, sabemos que a veces puede resultar más fácil o más difícil, sabemos que el camino de la Anarkía es doblemente complicado, pero como forma de vida mantendremos en nosotrxs esas aspiraciones hasta el final de nuestros días.

La vida de Bonanno resulta un tanto apasionante por momentos. Después de muchos años de trabajar en ámbitos de la economía, hay un giro hacia una forma de vida completamente diferente, "he sido empleado de banca durante 10 años y ocho meses, he sido dirigente industrial durante siete años, he dirigido una industria de farmacia..." Si bien durante su época de juventud hay interés por la filosofía anarquista es solo

años más tarde cuando se presenta una radicalización en la forma de vida de este ser, o por lo menos una materialización de tal radicalización. Con este cambio vienen sus experiencias en espacios anarquistas de los que hizo parte. En ese momento no podemos hablar de un Bonanno joven que se acerca con toda esa energía que dicen es propia de la juventud, sino que ya está en un punto de la adultez que pareciera hacer difícil el acercamiento a una radicalización del pensamiento, digo esto porque a muchxs nos han dicho que con la vejez llega la conservadurización del pensamiento, con lo que no estamos de acuerdo. Su actividad entonces no se redujo a la redacción de notas en los periódicos que dirigía o con los que colaboraba, ni en los grupos que se manifestaba, por ejemplo en contra de un complejo industrial, ni en las manifestaciones en el marco de coyunturas políticas de ese país, sino que, con el paso del tiempo, se fue decantando por un camino que lo llevó a la expropiación y a la acción armada y que inevitablemente lo condujeron a la cárcel o a la expulsión y prohibición de entrada en algunos países, así como la censura en Italia de su libro El placer armado y la encarcelación a raíz de algunos escritos que publicó en periódicos.

Que su mejor homenaje sea el ejemplo del accionar, de lo “relativo a la práctica de las cosas por hacer, no simplemente a la teoría de las cosas por decir”.

**Primera parte:
El proyecto revolucionario**

I. El proyecto revolucionario¹.

Coger distintos aspectos de intervención revolucionaria no es fácil. Cogerlos todos juntos, introducirlos en una propuesta global que tenga su lógica intrínseca y una articulación operativa válida,

"El proyecto revolucionario" fue publicado con el título "El trabajo del revolucionario" en la revista Anarchismo en su número 59 de enero de 1988. La traducción aquí publicada la hemos rescatado de unas hojas mecanografiadas que se difundieron a finales de los 90. Desconocemos quién hizo la traducción ni si fue publicada en alguna revista. Este escrito viene expresamente mencionado en el informe que los ROS (Reagrupamiento de Operaciones Especiales de los Carabinieri) realizaron para criminalizar a decenas de compañeros anarquistas.

"Afinidad y organización informal" salió en Anarchismo 45, marzo de 1985, y la traducción la hemos rescatado de la extinta revista "La Autogestión" de Madrid en su número 1 del año 1998. "Organización de síntesis y organización informal", Anarchismo número 47, junio de 1985. La traducción, también de la revista "La Autogestión", en su segundo y último número.

"Autonomía del individuo" es una parte del capítulo "Autonomía y autogestión", perteneciente al libro "Autogestión", editado en traducción al castellano por Campo Abierto Ediciones en 1977. La edición italiana, "Autogestione e anarchismo", pertenece a la colección "Universale Libertaria" con el número 4, ediciones Anarchismo.

es todavía más difícil. Es esto lo que entiendo por trabajo revolucionario.

En la determinación del enemigo nos entendemos (casi siempre) con suficiencia. En la imprecisión de la definición, colocamos los elementos que provienen de nuestras experiencias (sufrimientos y alegrías), de nuestra situación social, de nuestra cultura. Cada uno cree tener los elementos idóneos para designar un mapa del territorio enemigo y para identificar objetivos y responsabilidades.

Que las cosas no sean luego de este modo es algo también normal. Pero no nos curamos de ello. Cuando se presenta la ocasión, aportamos las oportunas modificaciones y vamos adelante.

Oscuro es nuestro proceder, oscuras las cosas que nos rodean. Nos iluminamos sólo y exclusivamente con el mísero cirio de la ideología y, seguros, como detrás de la guía de un faro, vamos hacia adelante.

El hecho trágico es que las cosas que nos rodean se modifican a menudo velozmente. Los términos de la relación de clase, que en la situación contradictoria se alargan y se acortan continuamente, se desvelan hoy

para esconderse mañana. Así, las certezas de ayer se precipitan en la oscuridad de hoy.

Quien mantiene un polo direccional constante, aunque no inamovible, no se le toma por lo que en efecto es, o sea, una honesta navegante del mar de las perplejidades de clase, sino que es tomada a menudo por una terca repetidora de esquemas superados y de abstractas metáforas ideológicas. Quien persiste en ver al enemigo detrás de la divisa, de la fábrica, del ministerio, de la escuela, de la iglesia, etc., se le mira con suficiencia. A las cosas en su dura realidad se las quiere sustituir con la relación abstracta, el modo de ser, lo relativo de las posiciones. El Estado, así, acaba haciéndose un modo de ver las cosas, y no un hecho material, constituido por personas y cosas. El resultado es que las ideas del Estado no se pueden combatir sin atacar a las personalidades y las cosas del Estado. Querer combatir las aisladamente, en la esperanza de que la realidad material a ellas sometida se modifique a continuación de su precipitarse en el abismo crítico de las contradicciones lógicas, es una trágica ilusión idealista. Y es lo que, de forma general, sucede en estos tiempos de retroceso de las luchas y de las perspectivas de actuar.

Nadie que no carezca de respeto hacia sí mismo admitiría la función positiva del Estado. Por esto, la deducción lógica de que si esta función no es positiva debe ser negativa, esto es, que debe causar mal a algunos en beneficio de otros. Pero el Estado no es (solamente) la idea de Estado, es también la “cosa Estado”, y esta “cosa” está constituida por el policía y por la comisaría de policía, por el ministro y por el ministerio, por el sacerdote y la iglesia (también por el palacio donde se desarrolla el culto de la estafa y la mentira), por el banquero y la banca, por el especulador y su despacho, y así hasta el soplón y su más o menos confortable apartamento de la periferia. El Estado es esta cosa articulada, o no es nada: una vana abstracción, un modelo teórico, absolutamente imposible de atacar y derrotar.

Ciertamente, el Estado está también dentro de nosotros y dentro de los otros. Por eso es también idea. Pero, en su ser idea, está subordinado a los lugares físicos y a los cuerpos físicos que lo realizan. Un ataque a la idea del Estado (también a la que albergamos dentro de nosotros, a menudo sin darnos cuenta de ello) es posible sólo en el momento en que estamos atacando físicamente y en sentido destructivo

su materialización histórica, esto es, su ser ante nosotros en carne y hueso, en ladrillos y hormigón.

Pero, ¿cómo atacar? Las cosas son duras. Las personas se defienden y se preparan. La elección de los medios de ataque es también víctima de un equívoco similar a lo que precede.

Podemos atacar (es más, debemos) con las ideas, contraponiendo crítica a crítica, lógica a lógica, análisis a análisis. Pero esto sería un ejercicio inútil si se hiciese de modo aislado, separado de una intervención directa sobre las cosas y los hombres del Estado (y del capital, se entiende). Por eso, en correlación con lo dicho antes, no sólo ataque con las ideas, sino ataque con las armas. No veo otra vía de salida. Limitarse a un certamen ideológico contribuye a suministrar elementos al enemigo. Por eso, profundización teórica paralela y contemporánea al ataque práctico.

Es precisamente en el ataque que la teoría se modifica en la práctica y la práctica asume sus fundamentos teóricos. Limitándose a la teoría se queda en el campo del idealismo, típica filosofía burguesa que lleva centenares de años alimentando los enroques

(jugadas) de la clase dominante y también el aislamiento de los exterminadores de derecha o de izquierda. No importa si alguna vez este idealismo se ha camuflado de materialismo (histórico), siempre se trataba del viejo idealismo fagocitador de personas. Un materialismo libertario debe por fuerza superar la separación entre idea y hecho.

Si se determina al enemigo es necesario golpearlo, y golpearlo de modo adecuado. No tan adecuado a las valoraciones óptimas de su destrucción, valoraciones hechas por el atacante, como a la situación general que constituye parte no desdeñable de las defensas y de la posibilidad de supervivencia y de incremento de la peligrosidad del enemigo. Si se le golpea, es necesario hacerlo destruyendo una parte de su estructura, haciendo pues más difícil el funcionamiento del conjunto. Todo esto, aisladamente considerado, corre el peligro de resultar poco significativo. Es decir, no logra convertirse en algo real. Para tener esta transformación se necesita que el ataque esté acompañado de una profundización crítica de las ideas del enemigo, las ideas que son parte de su acción opresiva y represiva.

Pero este recíproco convertir la acción práctica en la acción teórica y de la teoría en la práctica no puede suceder como algo artificialmente superpuesto. En el sentido, por poner un ejemplo, de quien realiza una acción y pone encima su bravo documento de reivindicación. Las ideas del enemigo, de este modo, no se critican ni se profundizan. Se cristalizan dentro del proceso ideológico y se hacen ver como contrapuestas fuertemente a las ideas del atacante, también ellas transformadas en algo fuertemente ideológico. Creo que pocas cosas me son tan odiosas como este modo de proceder.

¿Pero existe otro que hacer?

El lugar de la conversión de la teoría en la práctica y viceversa es el lugar del proyecto. Es el proyecto en su conjunto articulado lo que hace significativa la acción práctica y la crítica de las ideas del enemigo.

De ello deriva que el trabajo de lxs revolucionarixs es, esencialmente, la elaboración y la realización de un proyecto. Pero antes de saber qué cosa puede acaso ser un proyecto revolucionario, se necesita ponerse de acuerdo sobre cuáles son las cosas que lxs

revolucionarixs deben poseer para trabajar en la elaboración del proyecto.

Primero, el coraje. No el banal del choque físico o del asalto a la trinchera enemiga, sino el más difícil, el de las propias ideas. Se piensa de una cierta forma y se tiene una cierta valoración de las cosas, de las personas, del mundo, y de sus tareas; debe tener el coraje de ir hasta el final y al fondo, sin compromisos, sin medias tintas, sin aparentar, sin ilusiones. Pararse a la mitad es delictivo o, si se prefiere, absolutamente normal. Pero lxs revolucionarixs no son personas “normales”. Deben ir más allá de la normalidad, pero también de la excepcionalidad, que es el modo aristocrático de considerar la diversidad. Más allá del bien, pero también del mal, diría alguno.

No puede esperar que otrx haga lo que hay que hacer. No puede delegar en los otrxs lo que su conciencia le dicta hacer. No puede aceptar en paz que en otros sitios, otrxs parsonas como éllxs, agitadx y deseosxs de destruir lo que nos oprime, hagan las cosas que éllxs mismxs podría hacer tan solo con quererlo, sólo con que saliese del sopor y de los embrollos, de la palabrería y de los equívocos.

Por eso debe trabajar y trabajar duro. Trabajar para suministrarse los medios necesarios con los cuales dar fundamento idóneo a sus propios convencimientos.

Y aquí entra la segunda cosa: la constancia. La fuerza de continuar, de perseverar, de insistir, también cuando lxs otrxs se descorazonan y todo parece difícil.

No hay posibilidad de procurarse los medios que se necesitan si no es con la constancia del trabajo. Lxs revolucionarixs tienen necesidad de medios culturales, esto es, de análisis, de conocimiento de base, de ahondamientos institucionales. También de estudios que parecen lejanísimos de la práctica revolucionaria y que son indispensables para la acción. Las lenguas, la economía, la filosofía, las matemáticas, las ciencias naturales, la química, las ciencias sociales, etc. Todos estos conocimientos no pueden ser vistos como sectores de especialización, ni siquiera como ejercitación diletante de un espíritu estrafalarío que pizca a derecha y a izquierda, deseoso de saber pero constantemente ignorante por no estar en posesión de un método que le permita aprender.

Y luego las técnicas: el escribir correctamente (y también del modo idóneo, según el fin que se quiere

lograr), el hablar a lxs otrxs (con todas las técnicas del hablar, que son cosa no fácil y de gran importancia); el estudiar (que es técnica y también estudiar en tanto y cuanto sirva para facilitar el aprendizaje y no como especialización en sí misma); el recordar (que puede mejorarse y no dejarlo a la disposición natural, más o menos, que llevamos dentro desde la infancia); el manipular (que muchos consideran una especie de misterioso don de la naturaleza pero que, en cambio, es técnica que se puede aprender y perfeccionar), y otras más.

La búsqueda de estos medios es un trabajo constante que no termina nunca. Su perfeccionamiento, como su extensión a campos diversos, es un compromiso constante de las revolucionarias.

Queda luego la tercera: la creatividad. No hay duda de que el conjunto de medios que se van construyendo no sería productivo y se quedaría en fin en sí mismo si no se produjesen, enseguida o después de un cierto tiempo, experiencias nuevas, profundamente transformadoras del individuo, en las cuales se produzcan sin tregua modificaciones en el conjunto de los medios mismos y en las posibilidades de su empleo. Es aquí donde se puede coger la fuerza de la

creatividad, esto es, del fruto de los esfuerzos precedentes. Los procesos lógicos quedan detrás, se han vuelto hechos de fondo, elemento despreciable, mientras emerge un nuevo elemento, total y distinto: la intuición.

El problema ahora se ve distinto. Ya no es como antes. Innumerables enlaces y comparaciones, inferencias y deducciones suceden sin que nosotros nos demos cuenta de ello. Todo el conjunto de medios de los que hemos entrado en posesión vibra y se hace vivo. Recuerdos y nuevas comprensiones, viejas cosas no comprendidas que ahora se ven claras, ideas y tensiones. Una mezcla increíble que es el mero hecho creativo y que debe ser inmediatamente sometido a la disciplina del método, al dominio de las técnicas, para que pueda producir algo limitado, si se quiere, pero inmediatamente perceptible y gozable. Desgraciadamente, el destino de la creatividad es que su inmensa potencialidad explosiva inicial (la cual es poca cosa en ausencia de medios de fondo de los que hablábamos antes) debe sucesivamente ser reconducida al interior de los límites de la técnica en sentido estricto, debe hacerse palabra, página, figura, sueño, forma, objeto. En caso contrario, fuera de los esquemas de esta prisión comunicativa, queda

abandonada y dispersa en el mar de la inconmensurabilidad.

Finalmente, una última: la materialidad. Esto es, la capacidad de coger el fundamento material real de lo que nos circunda. Por ejemplo, la capacidad de comprender que para actuar se necesitan medios idóneos a la acción no es algo simple. La tarea de los medios parece siempre mucho más clara, pero causa siempre incomprendiones. Pongamos el caso del dinero. No hay duda de que sin dinero no podemos hacer las cosas que queremos hacer. No hay duda de que una revolucionaria no puede pedir financiación al Estado para construir los proyectos directos para destruir el mismo Estado. No se puede pensar ni siquiera que con pequeñas (y generalmente modestas) suscripciones personales se pueden hacer todas las cosas que se quieren hacer (y que se cree necesario hacer). No pueden ni siquiera continuar llorando al infinito sobre la falta de dinero o resignarse ante el hecho de que, vista la falta de dinero, algunas cosas que se deberían hacer no se puedan hacer. No pueden ni siquiera asumir por mucho tiempo la posición de las que, estando sin dinero, se sienten perfectamente en regla con sí mismas, diciendo que otrx haga lo que deberían hacer éllxs directamente. Cierto, claro está,

que si unx compañerx no tiene dinero no tiene que pagar lo que puede no permitirse pagar. ¿Pero es verdad que ha hecho todo cuanto podía para procurarse el dinero? ¿O bien existe un único modo de encontrar el dinero: el de ir a mendigarlo a los patronos? Pienso que no.

En el arco de variaciones de un posible modo de ser, tendencias personales y adquisiciones culturales polarizan dos comportamientos límite que son ambos limitados y polarizantes. Por un lado, las que privilegian el momento teórico; por otro, las que se logran en el momento práctico. Casi nunca estas dos polarizaciones están en un “estado puro”, pero a menudo están suficientemente caracterizadas para convertirse en obstáculos e impedimentos.

Las grandes posibilidades que la profundización teórica pone a disposición de las revolucionarias quedan en letra muerta, es más, se hacen elemento de contradicción y de obstáculo cuando son llevadas al infinito. Hay quien no sabe hacer otra cosa que pensar teóricamente la vida. No es necesario que sea una literata o una estudiosa (para esta gente la cosa sería normal), sino que puede ser una persona proletaria cualquiera, una persona marginada crecida en la calle

y liada a puñetazos. Esta búsqueda de la hipótesis resolutive a través de la sutileza del razonamiento se transforma en un ansia disorgánica, un tumultuoso deseo de comprender, que se convierte en pura confusión, disminuyendo la primacía del cerebro que se quiere mantener a cualquier costo. Estas exasperaciones reducen la posibilidad crítica de poner orden en las propias ideas, extendiendo la posibilidad creativa del individuo, pero solamente en estado puro, se podría decir en estado libre, suministrando imágenes y juicios absolutamente privados de un método organizativo que los pueda hacer utilizables. Las personas viven casi constantemente en una especie de “trance”, comen mal, tienen una pésima relación con el cuerpo, viven mal la relación con los otros. Se vuelve fácilmente sospechosa, cuando no ansiosa de ser “comprendida”, y por esto acumula cada vez más increíble confusión de razonamientos contradictorios, sin ser capaz de encontrar un hilo conductor. La solución para salir del laberinto sería la acción. Pero esta, para ser tal, según este modelo de polarización que estamos examinando, debe antes ser sometida al dominio del cerebro, de la “lógica” del razonamiento. De este modo, la acción está muerta o reenviada, o vivida mal por no ser “comprendida”,

porque no es reconducida al primado del pensamiento.

Por otro lado, la constancia del hacer, el desempeño de la propia vida en las cosas a llevar a término. Hoy, mañana, día tras día. Quizá en la espera de un día particular que ponga fin a este reenvío hacia adelante, al infinito. Pero mientras tanto, ninguna, o casi ninguna, búsqueda de un momento de reflexión que no sea exclusivamente referente a las cosas por hacer.

El primado de quitar la vida como el primado del pensar. En la acción por sí misma no está la superación del momento contradictorio de las individualidades. Para lxs revolucionarixs las cosas están todavía peor. Los acompañamientos clásicos, que las individualidades desarrollan para convencerse a sí mismas respecto a la utilidad y a la totalidad de la acción que quiere hacer, no bastan para lxs revolucionarixs. El único expediente al que puede recurrir es el reenvío hacia adelante, a un tiempo mejor, cuando no sea necesario dedicarse “exclusivamente” al hacer y se pueda también pensar.

¿Pero cómo se podría pensar sin los medios para poderlo hacer? ¿Tal vez porque el pensamiento sea

una actividad autónoma de las personas cuando éstas dejan de actuar? No, ciertamente. Del mismo modo que el hacer no es una actividad autónoma de las personas cuando éstas dejan de pensar.

Poseídas, pues, algunas cosas —el coraje, la constancia, la creatividad, la materialidad—, lxs revolucionarixs pueden sacar fruto a los medios de los que están en posesión y, con estos, construir su proyecto.

Y este deberá mirar los aspectos analíticos y los aspectos prácticos. De nuevo, se representa una división que, para poder ser eliminada, debe profundizarse en su más íntima inconsistencia, esto es, en su real dimensión de lugar común de la lógica dominante. Un proyecto es análisis (político, social, económico, filosófico, etc.), pero es también propuesta organizativa (técnica, psicológica).

Ningún proyecto puede ser sólo lo uno o lo otro de estos aspectos. Cada análisis recibe una diversa angulación y un diferente desarrollo si se introduce en una propuesta organizativa antes que en otra. Y, viceversa, una propuesta organizativa está fundada sólo si es asistida de un análisis idóneo.

Lxs revolucionarixs que no estén en condiciones de dirigir el análisis y el elemento organizativo de su proyecto estarán siempre a merced de los eventos, llegando constantemente tarde a las cosas, nunca antes.

El fin del proyecto es, en efecto, el de ver para preparar. El proyecto es una prótesis, como cualquier otra elaboración intelectual de la humanidad, para permitir la acción, para hacerla posible, para no reducirla a la nada en el debate inútil de la improvisación. Pero no es “causa” de la acción, no tiene ningún elemento de justificación en este sentido. El proyecto, si se entiende correctamente, es acción en sí mismo, mientras la acción es proyecto en sí misma en tanto la acreciente, la enriquezca y la transforme.

No comprender estas fundamentales premisas del trabajo revolucionario causa, a menudo, confusiones y frustraciones. Muchxs compañerxs, que se quedan ligadx a las intervenciones que podemos definir, reflejan, sufren a menudo contragolpes que son similares a las desmotivaciones, a los descorazonamientos. Un hecho externo (la represión, muy a menudo) determina el estímulo a una intervención. Cuando el hecho se detiene o se logra, la

intervención no tiene más razón de existir. De aquí la constatación (frustrante) que ha obligado a volver al punto de antes. Se tiene la impresión de querer excavar la montaña con un cuchillo.

La gente no recuerda, olvida pronto. La agregación no sucede. Casi siempre somos pocxs. Casi siempre lxs únixs. Hasta el advenimiento del próximo estímulo externo, la cercanía de lxs compañerxs que solo actúan “reflexionando”, sobreviviendo, yendo a menudo del rechazo radical al cierre en sí mismxs, del mutismo desganado a las fantasías de destrucción del mundo (seres humanos incluidos).

Muchxs otrxs compañerxs están ligadxs a las intervenciones que podemos decir de rutina, esto es, lxs ligadxs a los recursos literarios (periódicos, libros, revistas) o asamblearios (congresos, reuniones, debates, asambleas). También aquí la tragedia humana no tarda en hacer su aparición. La mayoría de las veces no se trata tanto de la frustración personal (que también está y se ve), como de la transformación de lxs compañerxs en burócratas congresuales o en redactorxs de folios más o menos legibles que tratan de esconder su propia inconsistencia propositiva yendo detrás de los acontecimientos cotidianos para

explicarlos a la luz crítica del propio punto de vista. Como se ve, la tragedia es siempre la misma.

El proyecto, pues, es necesariamente propositivo. No puede más que tomar la iniciativa. Sobre todo, iniciativa de tipo operativo: las cosas a hacer vistas de un determinado modo. Luego, en segundo lugar, iniciativa de tipo organizativo: cómo hacer estas cosas.

Muchas no se dan cuenta de que las cosas a hacer (contraposición de clase) no están codificadas de una vez para siempre, sino que asumen en el tiempo y en el discurrir de las relaciones sociales significados diversos. Esto conlleva la necesidad de valoraciones teóricas de las cosas a hacer. El hecho de que algunas de estas cosas permanezcan por más tiempo como si fueran inmóviles no significa que sean inmóviles.

Por ejemplo, que haya una necesidad de organizarse para golpear al enemigo de clase conlleva por sí misma, en cuanto a necesidad, una permanencia en el tiempo. Medios y formas organizativas tienden a cristalizarse. Y, bajo ciertos aspectos, está bien que sea así. No es necesario reinventar todo cada vez que se organiza, quizás después de haber sufrido los golpes de la represión. Pero esto no quiere decir que esta

reanudación deba por fuerza representar las características de la repetitividad absoluta.

Los modelos precedentes pueden ser sometidos a crítica, aunque, en el fondo, resulten válidos y por eso puedan constituir un punto de partida no desdeñable. En esta materia nos sentimos a menudo bajo el ojo de las críticas, también desinformadas y preconcebidas, y se quiere evitar, a toda costa, la sensación de “irreductibles”, que suena, así como valoración positiva, pero contiene también un elemento notable de denuncia de la incapacidad de comprender el desarrollo de las condiciones sociales en su conjunto.

Por eso, la posibilidad de utilización de viejos modelos organizativos, aunque sometidos a crítica radical. Pero, ¿cuál podrá ser esta crítica? Principalmente una: denuncia de la inutilidad y de la peligrosidad de estructuras centralizadas y organigramas; denuncia de la mentalidad de delegación; denuncia del mito cuantitativo; denuncia del mito simbólico y de lo grandioso; denuncia de la utilización de los grandes medios de información, etc.

Como se ve, se trata de críticas que hacen ver el otro aspecto del cielo revolucionario, el aspecto anárquico

y libertario. Negar las estructuras centralizadas, los organigramas dirigistas, la delegación, lo cuantitativo, lo simbólico, el entrismo informativo, etc., significa entrar de lleno en la metodología anarquista. Y una propositividad anárquica necesita de algunas consideraciones preliminares.

Aparentemente, y en los inicios, especialmente para quien no está convencidx de la necesidad y de la validez de este método, puede parecer (y bajo ciertos aspectos es) menos eficaz. Los resultados son más modestos, menos evidentes, tienen todo el aspecto de la dispersión y de la no reconducción a un proyecto unitario. Son resultados pulverizantes y difusos, es decir, derivan de objetivos mínimos que no parecen ser enseguida reconducibles a un enemigo central, al menos tal como aparecen en las iconografías descriptivas redactadas por el poder mismo.

Muchas veces al poder le interesa mostrar las ramificaciones periféricas de sí mismo y de las estructuras que lo rigen bajo aspectos positivos, como si estas ramificaciones absorbieran exclusivamente funciones sociales indispensables para la vida. En cambio, esconde muy bien y muy fácilmente, vista nuestra incapacidad de denunciar las conexiones, la

relación que hay entre estas estructuras periféricas y la represión o la reunión del consenso. De aquí la notable tarea que espera a lxs revolucionarixs, las cuales, golpeando, tienen también que esperar una falta inicial de comprensión de sus acciones, de dónde surge la consiguiente necesidad de “aclaraciones”.

Es aquí donde se coloca una ulterior trampa. Traducir estas aclaraciones en términos ideológicos significa representar, en la difusión y en lo periférico, los términos exactos de la concentración y de la centralidad. El método anarquista no puede nunca desplegarse a través de un filtro ideológico. Cuando esto ha sucedido, se ha yuxtapuesto nuestro método a prácticas y a proyectos que bien poco de libertario poseían.

Desde la denuncia de la delegación como práctica (de la teoría), además de autoritaria (este segundo aspecto podría sonar menos comprensible para compañerxs no anarquistas desde siempre), se llega a la profundización de procesos agregativos. Esto es, a la posibilidad de construir una agregación indirecta, una forma de referencia organizativa que no esté ligada a bases de organigramas.

Grupos separados, unidos por la metodología, no por relaciones jerárquicas. Objetivos comunes, elecciones comunes, pero indirectas, todo ello querido a través de la objetividad de las elecciones comunes de los fines comunes. Cada uno hace sus propias cosas y no siente la necesidad de proponer relaciones de agregación directas que antes o después acaban por construir organigramas jerárquicos (aunque horizontales, en cuanto que se pretende quedar dentro del método anarquista) y que tienen como buen resultado el de ser destruidos cada vez que se levanta el viento represivo.

Es el mito de lo cuantitativo el que debe caer. El mito del número que “impresiona” al enemigo, el mito de las “fuerzas” que bajan a la calle, el mito del “ejército de liberación” y otros asuntos del género.

Así, sin quererlo casi, las viejas cosas se transforman en nuevas. Los modelos del pasado, objetivos y prácticos, se revolucionan en el interior. Emerge a primer plano, sin sombra de duda, la definitiva crisis del método “político”. Cada pretensión de representar modelos ideológicos para imponer a las prácticas subversivas pensamos que está definitivamente fuera de lugar.

Bajo otros aspectos y hechas las debidas proporciones, es todo el mundo en su conjunto el que está rechazando el modelo político. La crisis de la política es asunto de cada día. Las estructuras políticas tradicionales, con sus connotaciones “fuertes”, están siendo rechazadas. Los partidos de la izquierda se uniformizan a los de centro y los partidos de la derecha se aprietan hacia el centro, siempre para no quedar aislados.

Las democracias del oeste se acercan a las dictaduras del este. Este hundimiento de las estructuras políticas corresponde a una profunda modificación de las estructuras económicas y sociales. Nuevas necesidades emergen para quienes deben pensar en la gestión de las potencialidades subversivas de las grandes masas.

Los mitos del pasado, también el de la “lucha de clases controlada”, han acabado. Las grandes masas de explotados han sido absorbidas en mecanismos que chocan con las ideologías políticas, puras pero superficiales, del ayer.

He aquí por qué los partidos de izquierda se están acercando a posiciones de centro, lo que en sustancia corresponde a una anulación de las discriminaciones

políticas y a una posible gestión propiamente del consenso, si no acaso desde el punto de vista administrativo.

Son las cosas por hacer, los programas a breve plazo, la gestión de lo público, lo que focaliza las discriminaciones. Los proyectos políticos ideales (y, pues, ideológicos) están en decadencia.

Ningunx (o casi) está disponible para luchar por una sociedad comunista, pero pueden ser sometidxs otra vez a estructuras que pretenden salvaguardar sus intereses inmediatos. Por esto, la creciente importancia de las luchas y de las formaciones políticas municipales en las confrontaciones de las estructuras políticas grandes, parlamentos nacionales y supranacionales.

La decadencia de lo político no es por sí misma, a estos niveles, un elemento que pueda hacer pensar en un giro “anarquista” en la sociedad civil, la cual toma conciencia de su propia primariedad, contraponiéndose a los intentos de gestión política indirecta. Nada de esto. Se trata de modificaciones profundas en la estructura moderna del capital, que se uniformiza también a nivel internacional,

precisamente por la cada vez mayor interdependencia hoy existente en las diversas realidades periféricas.

Estas modificaciones determinan, a su vez, la imposibilidad de un control consensual a través de los mitos políticos del pasado y el paso a métodos de control más adecuados a los tiempos. La oferta de las mejores condiciones de vida en breve plazo: logro más elevado de las necesidades primarias en el Este, trabajo para todos en el Oeste. Estos son los términos del nuevo curso.

De todas formas, por extraño que pueda parecer, la crisis de lo político en cuanto fenómeno generalizado comportará necesariamente una crisis de las relaciones jerárquicas, de delegación, etc., esto es, de todas las relaciones que tienden a dislocar en la dimensión mítica lo que son los términos reales de la contraposición de clase. Esto no podrá quedar durante largo tiempo sin consecuencias también sobre la capacidad de mucha gente de comprender que la lucha no puede pasar ya a través de los mitos de la política, sino que debe entrar en la dimensión concreta de la destrucción inmediata del enemigo.

Están también aquellxs que, no queriendo comprender en sustancia cuál debe ser el trabajo revolucionario, propugnan, ante las modificaciones sociales vistas antes, métodos de contraposición suave, los cuales pretenderían obstaculizar el diálogo del nuevo dominio con la resistencia pasiva, la “deslegitimación” del poder. Se trata, en mi parecer, de un equívoco basado en el modo en que se piensa en el poder moderno. Y se piensa así precisamente porque es más permisivo y más ampliamente basado en el consenso, menos “fuerte” que el del pasado (basado sobre la jerarquía y la centralización absoluta).

Es un error como otro y deriva del hecho de que dentro de cada unx de nosotrxs quedan los residuos de un paralelo: poder-fuerza, que las modernas estructuras dominantes están desmontando parte por parte. Un poder débil pero eficiente es tal vez peor que el poder fuerte pero grosero. El primero penetra en los tejidos psicológicos de la sociedad, hasta dentro de las individualidades, implicándoles; el segundo es externo, tiene la voz gruesa, muerde, pero en el fondo construye sólo muros de prisiones que antes o después se pueden escalar.

La multiplicidad de los aspectos del proyecto confiere al trabajo del revolucionario una perspectiva también múltiple. Ningún campo de posible actividad puede ser excluido a priori. No pueden, por el mismo motivo, existir campos de intervención privilegiados, tampoco “congeniales” a las individualidades.

Conozco compañerxs que no se sienten “atraídxs” por algunos sectores de intervención —pongamos la lucha de liberación nacional—. Las objeciones que marcan el rechazo a un cierto campo de intervención son de lo más variado, pero se reconducen todas a la idea (errada) de que cada unx debe hacer las cosas que le reporten la máxima satisfacción posible.

Esta idea está errada, no porque no sea justo que uno de los alicientes deba ser la alegría y la satisfacción personal, sino porque la búsqueda de esta motivación individual puede ser preclusiva de otra búsqueda más amplia y significativa, la que se funda sobre la totalidad de la intervención.

Partir de preconceptos en lo que atañe a determinadas prácticas o teorías significa atrincherarse —exclusivamente por “miedo”— detrás del hecho, casi siempre ilusorio, de que las prácticas y las teorías no

nos “gustan”. Pero todo rechazo del preconcepto está siempre fundado sobre el escaso conocimiento de lo que se rechaza, sobre la escasa o nula posibilidad de acercarse a la cosa que se rechaza. La satisfacción y la alegría de hoy son así elegidas como fin definitivo; en su inmediatez, ellas cierran las perspectivas del mañana. Nos volvemos así, a menudo sin quererlo, miedosxs y dogmáticxs, rencorosxs hacia lxs que, en cambio, logran superar estos obstáculos, sospechosxs hacia todxs, descontentxs, infelices.

El único límite aceptable es el de nuestras (limitadas) posibilidades. Pero también este límite puede ser individualizado siempre en el hecho concreto y no sospechado como existente a priori. Yo siempre he partido de la hipótesis (evidentemente fantástica, pero operativamente real) de no tener límites, de tener posibilidades y capacidades inmensas.

Luego, la práctica de cada día se ha encargado de indicarme los límites objetivos, míos y de las cosas que he ido haciendo, pero estos límites a priori no me han detenido nunca, no han emergido como ineluctables obstáculos a posteriori. Ninguna empresa, por cuán increíble o gigantesca, me ha bloqueado antes de comenzarla. Sólo después, en el curso de las prácticas

relativas a ella, la modestia de mis medios y de mi capacidad ha emergido, pero, aun con su insuperable presencia, no me ha podido impedir obtener resultados parciales, que luego son las cosas humanamente alcanzables.

Pero también esto es un problema de “mentalidad”, es decir, del modo de ver las cosas. A menudo se está demasiado ligado a lo inmediatamente perceptible, al realismo “socialista” del barrio, de la ciudad, de la nación, etc. Se es internacionalista en palabrería, pero en los hechos concretos se prefiere lo que es más conocido. De este modo, nos encerramos hacia lo externo y hacia lo interno. Se rechazan las relaciones internacionales reales, que son relaciones de comprensión recíproca, de superación de las barreras (también lingüísticas), de colaboración y de mutuo cambio. Pero se rechazan también las relaciones específicas locales, con sus características, sus contradicciones internas, sus mitos y sus dificultades. El hecho cómico es que lxs primeros se rechazan en nombre de los segundxs, y lxs segundxs en nombre de lxs primerxs.

Lo mismo sucede respecto a las actividades específicas, preparatorias, encaminadas a la reunión de los medios

revolucionarios. También aquí la delegación en otrxs compañerxs es un hecho que, a menudo, se decide a priori. Se basa en rémoras y miedos que, bien profundizados, no tienen mucho que decir. El profesionalismo que en otras partes se abandera no encuentra lugar en la metodología anarquista, pero tampoco el rechazo a priori o el cierre preconcebido. Lo mismo ocurre en relación con el deseo de la experiencia como fin en sí misma, con la urgencia del “hacer”, con la satisfacción personal, con las “emociones”. Los dos extremos se tocan y se complementan en la cercanía.

El proyecto barre estos problemas porque logra ver las cosas en su globalidad. Por el mismo motivo, el trabajo revolucionario está necesariamente ligado al proyecto, se identifica con este, no puede limitarse a aspectos parciales. Por su parte, un proyecto parcial no es un proyecto revolucionario; puede ser un óptimo proyecto de trabajo, puede llegar a comprometer a compañerxs y recursos aún por largos períodos de tiempo, pero antes o después acaba por ser penalizado frente a la realidad del combate de clase.

II. Afinidad y organización informal

Lxs compañerxs anarquistas tienen una visión ambivalente del problema de la organización. En los dos extremos se encuentran, por un lado, la aceptación de una estructura permanente, dotada de un programa bien delineado, con medios a su disposición (aunque sean pocos) y subdividida en comisiones; por otro, el rechazo de toda relación estable, aunque sea durante un breve periodo. La federación anarquista clásica (a la antigua y nueva usanza) y los individualistas constituyen dos extremos de algo que, de cualquier modo, trata de eludir la realidad del enfrentamiento.

Lxs compañerxs adheridos a la estructura organizativa esperan que de un crecimiento cuantitativo venga una modificación revolucionaria de la realidad y tienen la pobre ilusión de considerarse segurxs de controlar toda involución autoritaria de la estructura y toda concesión a la lógica del partido. Lxs compañerxs individualistas son celosxs de su propio yo y temen

toda forma de contaminación, toda concesión a lxs otrxs, toda colaboración activa, teniendo estas cosas por cesiones y compromisos.

Lxs compañerxs que se colocan críticamente frente al problema de la organización anarquista y que rechazan el aislamiento individualista profundizan el problema sólo en términos de organización clásica, logrando difícilmente pensar formas alternativas de relación estable.

El grupo de base es visto como elemento imprescindible de la organización específica, y la federación entre grupos, sobre la base de una clarificación ideológica, aparece como su natural consecuencia.

De este modo, la organización nace primero de las luchas y acaba por adecuarse en la perspectiva de un cierto tipo de lucha que —al menos se presupone— hace crecer la organización misma. De este modo, la estructura resulta una forma vicaria en relación con las decisiones operativas que toma el Poder, el cual, por múltiples motivos, domina sobre la escena del enfrentamiento de clases. La resistencia y autoorganización de lxs explotadx son vistas como elementos moleculares que se pueden coger aquí y

allá, pero que solo se harán significativos cuando entren a formar parte de la estructura específica o se dejen condicionar dentro de organismos de masas, bajo la guía (más o menos declarada) de la organización específica.

De este modo, se está siempre en posición de espera. Todxs nosotrxs estamos como en libertad condicional. Escrutamos las actitudes del poder y nos preparamos (siempre dentro de lo posible) para reaccionar ante la represión que nos golpea. Casi nunca tomamos la iniciativa, preparamos intervenciones en primera persona, le damos la vuelta a la lógica de la derrota.

Quien se reconoce en organizaciones estructuradas espera un improbable crecimiento cuantitativo. Quien trabaja en el interior de estructuras de masas (por ejemplo, desde la óptica anarcosindicalista) espera que los pequeños resultados defensivos de hoy se traduzcan en el gran resultado revolucionario de mañana. Quien niega todo esto espera lo mismo, no sabe bien qué, a menudo atrapadx en un hastío contra todo y contra todxs, seguro de sus propias ideas, sin darse cuenta de que estas no son sino un vacío aspecto negativo de la afirmación programática y organizativa de lxs otrxs.

Partimos en primer lugar de la consideración de que es necesario establecer contactos entre compañerxs para pasar a la acción. En solitario no se está en condiciones de actuar, salvo reducirse a una protesta platónica, todo lo cruenta y terrible que se quiera, pero siempre platónica. Si se quiere actuar de un modo incisivo en la realidad, es necesario ser muchos.

¿Sobre qué base ponerse de acuerdo con otrxs compañerxs? Descartando la hipótesis del programa y de la plataforma a priori, ¿qué queda? Queda la afinidad. Entre compañerxs anarquistas hay afinidad y divergencia. No hablo de afinidad de carácter o personal, es decir, esos aspectos del sentimiento que a menudo ligan a lxs compañerxs entre sí (amor, amistad, simpatía, etc.). Estoy hablando de una profundización del conocimiento que tiene lugar recíprocamente. Cuanto más crece esta profundización, la afinidad puede llegar a ser cada vez mayor; en caso contrario, la divergencia resulta tan evidente que resulta imposible toda acción común.

Entonces, la solución que nos queda es el profundo conocimiento en común, que se desarrollará a través de una profundización en los problemas sociales que la

realidad de la lucha de clases nos pone delante. Existe todo un abanico de problemas que, en general, no viene expresado en toda su complejidad. Nos limitamos a menudo a los problemas más cercanos porque son los que tocan más de cerca (represión, cárcel, etc., en primer lugar). Pero es precisamente en nuestra capacidad para abrir el abanico de los problemas sociales donde se halla el medio más idóneo para fijar las condiciones de la afinidad común, que no podrá ser absoluta o total (salvo casos rarísimos), pero que podrá ser suficiente para fijar relaciones idóneas para la acción.

Restringiendo nuestra actividad a unos pocos problemas que consideramos inmediatos y esenciales, no habrá manera de descubrir la afinidad que nos interesa y vagaremos siempre a merced de insospechadas e imprevistas contradicciones capaces de trastornar todo proyecto de intervención en la realidad.

Insisto en subrayar que no hay que confundir afinidad y sentimiento. Pudiera haber compañerxs con lxs que nos reconocemos afines, pero que no nos son muy simpáticxs y, viceversa, compañerxs con lxs que no

tenemos afinidades, pero que nos caen simpáticos por diferentes motivos.

Es necesario, entre otras cosas, no obstaculizarse en la propia acción por falsos problemas, como por ejemplo, eso de la presunta diferenciación entre sentimientos y motivaciones políticas. Como consecuencia de lo dicho anteriormente, podría parecer que los sentimientos son algo que hay que separar de los análisis políticos, por lo que podríamos, por ejemplo, amar a una persona que no comparte de hecho nuestras ideas y viceversa.

Esto, en líneas generales, es posible, por muy desgarrador que sea. Pero en el concepto de profundización del conjunto de los problemas sociales, expresado arriba, debe ser incluido también el aspecto personal (o, si se prefiere, de los sentimientos), en cuanto que someterse de modo instintivo a nuestras pulsiones es a menudo una ausencia de reflexión y análisis, no pudiendo admitir simplemente el ser dominado por Dios.

De todo esto emerge, aunque sea nebulosamente, una primera aproximación a nuestro modo de considerar

la organización informal: un conjunto de compañeros ligados por una afinidad común.

Cuanto mayor sea el abanico de problemas que estxs compañerxs afrontan juntxs, mayor será su afinidad. Como consecuencia, la organización real, la capacidad efectiva (y no ficticia) de obrar juntxs, esto es, de encontrarse, estudiar con profundidad analítica y pasar a la acción, se halla en relación con la afinidad alcanzada. Nada tiene que ver con las siglas, el programa, la plataforma, la bandera o el partido más o menos camuflado. La organización informal anarquista es, por tanto, una organización específica que se genera en torno a la afinidad. Esto no podrá ser idéntico para todos, sino que lxs diferentes compañerxs hallarán infinitos matices de afinidad, tanto más variados cuanto mayor sea el esfuerzo analítico que sea alcanzado. Como consecuencia, el conjunto de estxs compañerxs supondrá en sí mismo una tendencia al crecimiento cuantitativo, pero limitada y no constituyente del único objetivo de la actividad. El desarrollo numérico es indispensable para la acción y también es una prueba de la amplitud del análisis que se está desarrollando y de su capacidad para descubrir, poco a poco, afinidades con un mayor número de compañerxs.

Consecuentemente, el organismo así nacido acabará por dotarse de medios comunes de intervención. En primer lugar, un instrumento de debate necesario para la profundización analítica, capaz, en la medida de lo posible, de hacer indicaciones sobre un vastísimo abanico de problemas y, al mismo tiempo, de constituir un punto de referencia para verificar —a nivel personal o de pequeños grupos— las afinidades o divergencias que surgirán poco a poco. Desde esta óptica, resulta dispersivo dar vida a estructuras permanentes para afrontar problemas específicos. Estos deben ser vistos siempre a través del nivel global alcanzado del análisis y afrontados con intervenciones precisas hacia un objetivo a alcanzar, circunscrito a la propia posibilidad y no vagamente dimensionado sobre la amplitud del problema a afrontar. Es lógico que, en estas intervenciones específicas, podrán constituirse estructuras, pero solo con la intención de implicar a lxs explotadxs en su conjunto y no como elemento de crecimiento del movimiento específico. En caso contrario, se vuelve a la perspectiva del peregrino en busca de refugio. Por último, decir que el elemento que hace posible una organización informal de este tipo no es otra cosa que la afinidad, pero su aspecto propulsivo es la acción. Limitándose al primer

elemento y dejando subdimensionado el segundo, todo intento se pierde en el perfeccionismo bizantino de quien no tiene otra cosa que hacer que tratar de ocultar la propia voluntad de no hacer nada.

Los problemas que aquí han sido simplemente esbozados, y de manera particular aquellos relativos a una organización informal anarquista, merecen una profundización y un debate al que invitamos a todxs lxs compañerxs interesadxs.

III. Organización de síntesis y organización informal.

En primer lugar, distingamos la organización específica anarquista informal de la organización específica anarquista de síntesis. De esta distinción, por contraste, obtendremos notables aclaraciones.

¿Qué es una organización de síntesis, obviamente anarquista y específica? Se trata de una estructura organizativa, fundada sobre grupos o individualidades, en relación más o menos constante entre ellos, que tiene su momento culminante en los congresos periódicos. En estas asambleas públicas se discuten los análisis teóricos de fondo, se analiza un programa y se dividen los encargos que cubren toda la gama de intervenciones sociales. Esta organización se pone por lo tanto como punto de referencia, como polo capaz de sintetizar las luchas que se desenvuelven en la realidad del enfrentamiento de clase. Las diversas comisiones de este modelo organizativo intervienen en las luchas (como compañeros individuales que lo componen, o como grupos) e interviniendo, dan su

aportación en primera persona, pero no pierden de vista la orientación teórica y práctica que la organización, en su interior, ha decidido en el congreso precedente.

Cuando este tipo de organización se desarrolla en la plenitud de sus fuerzas (como sucedió en la España de 1936), comienza peligrosamente a parecerse a un partido. La síntesis se transforma en control. Ciertamente, en momentos de estancamiento, esta involución es poco evidente, y puede incluso parecer una blasfemia, pero en otros momentos resulta más visible.

En definitiva, en la organización de síntesis (siempre específica y anarquista), el razonamiento se basa en el presupuesto de un núcleo de especialistas que formula las propuestas desde el plano teórico e ideológico, adecuándolas, todo lo posible, al programa de máximas decidido en la sede del congreso. El alejamiento de este programa puede incluso ser notable (después de todo, los anarquistas no admitirían un acuerdo tan servil), pero, cuando se verifican, se procura, en el tiempo más breve posible, llevarlo a la normalidad de la línea decidida anteriormente.

El proyecto de intervención de esta organización es entonces el de estar presente en las diferentes realidades: antimilitarismo, nuclear, sindicatos, cárceles, ecología, intervención en los barrios, paro, escuela, etc. Esta presencia se traduce en intervenciones directas, esto es, organizadas directamente, o bien mediante la participación en intervenciones llevadas por otrxs compañerxs u otras organizaciones (anarquistas o no).

Se deduce que, siendo esta participación dirigida a conducir la lucha hacia el proyecto de síntesis, la misma no puede ser autónoma, no puede realmente adecuarse a las condiciones del enfrentamiento, no puede colaborar efectivamente sobre un plano de clarificación con las otras fuerzas revolucionarias, si no es a través del filtro ideológico de la síntesis, si no es a través de las condiciones impuestas por el proyecto aprobado anteriormente en el congreso.

Esta situación, que de todos modos no es siempre así de rígida como aquí parecería, comporta la inevitable tendencia de la organización de síntesis a rebajar el nivel de las luchas, proponiendo cautelas y acuerdos que tienen el fin de redimensionar cualquier fuga hacia adelante, cualquier elección de objetivos

excesivamente abiertos, cualquier empleo de medios excesivamente peligrosos.

Pongamos un ejemplo. Si un grupo perteneciente a este tipo de organización (de síntesis, y siempre específica y anarquista) se adhiere a una estructura de lucha, pongamos por caso contra la represión, se verá reducida a valorar las acciones propuestas por esta estructura a la luz de los análisis hechos previamente y, a grosso modo, aprobados en el congreso. Ello deriva en que la estructura de lucha se deberá adecuar a estos análisis, o bien el grupo que forma parte de la estructura de síntesis romperá su colaboración (en el caso en el que constituya una minoría) o impondrá la expulsión (en los hechos, si no con una moción precisa) de todxs aquellxs que habían propuesto métodos de lucha diversos.

A pesar de que esta realidad política puede desagradar a más de unx, las cosas son exactamente así.

Habría que preguntarse por qué, por definición, la propuesta del grupo que forma parte de la organización de síntesis, tiene siempre que ser más retrasada, es decir, de retaguardia, o más cauta que otras propuestas, siempre que se trate de posibles

acciones de ataque contra la estructura de la represión y del consenso social.

¿Por qué? La respuesta es simple. La organización de síntesis, específica y anarquista, la cual, como hemos visto, encuentra su momento culminante en el congreso periódico, tiene como fin fundamental el crecimiento cuantitativo. En cuanto estructura de síntesis, tiene necesidad de una fuerza operativa que debe crecer. No hasta el infinito, pero casi. En el caso contrario no existiría ni mínimamente la capacidad de intervenir en las diversas realidades y no se podría ni mucho menos, hipotizar la propia tarea principal que es, precisamente, aquella de proceder a su propia síntesis en un punto de referencia único.

Ahora bien, quien tiene como fin primero el crecimiento cuantitativo debe utilizar instrumentos de intervención en la realidad que puedan garantizar el proselitismo y el pluralismo. Ante cualquier problema no se puede asumir una posición neta y clara, que por lo mismo resulta inviable a la mayoría, sino que se debe encontrar un atajo, un camino político para desagradar a los menos posibles y resultar aceptable a los demás.

Todavía, sobre algunos problemas, como el de la represión y la cárcel en particular, la posición más correcta es por lo mismo más peligrosa, y ningún grupo puede poner en peligro una organización de la cual forma parte, sin antes ponerse de acuerdo con los otros grupos. Pero esto puede suceder solo en los congresos, o en los congresos extraordinarios, y todxs saben que justo en estas sedes acaba siempre por prevalecer la opinión más moderada y no ciertamente aquella más avanzada.

Así, inevitablemente, la presencia de la organización de síntesis en el interior de las luchas reales, de las luchas que se insertan en la parte viva del enfrentamiento de clase, constituye un freno y un control (a menudo involuntario, pero siempre un control). La organización informal no tiene estos problemas.

El grupo de afinidad y lxs compañerxs que se reconocen en un área de un determinado proyecto de naturaleza informal, están juntxs de hecho y no ciertamente por la adhesión a un programa fijado en un congreso. El proyecto en el cual se reconocen está realizado por ellxs mismxs, por sus análisis y por sus acciones. Puede encontrar ubicación en un periódico o

en una serie de reuniones, pero sólo para facilitar las cosas, mientras que no tiene nada que ver con congresos u otras cosas por el estilo.

Lxs compañerxs que se reconocen en una organización informal forman automáticamente parte de ella. Se mantienen en contacto con lxs otrxs compañerxs, vía periódico o vía otros medios, pero, lo que es más importante, se mantienen en contacto participando en las diversas acciones, manifestaciones, encuentros, etc., que, de tanto en tanto, se realizan. El punto central de verificación y de profundización está entonces dado por el verse en ocasiones de momentos de lucha que, al principio, pueden ser incluso simplemente momentos de reflexión teórica para posteriormente volverse otra cosa.

En una organización informal no existe el problema de síntesis, no se quiere estar presente en las diversas situaciones, ni siquiera formular un proyecto que reconduzca las luchas al cauce de un programa aprobado previamente. Nuestro programa lo ponemos continuamente en discusión. En pocas palabras, el mismo se resume en el proyecto insurreccional, pero no hace de este proyecto una cosa rígida que debe ser respetada siempre y en toda ocasión.

Cada grupo y cada compañerx que se reconoce en este tipo de organización informal, lleva adelante sus luchas adecuando a la propia realidad, el modelo insurreccional, recurriendo al periódico como instrumento común de intervención, manteniéndose en contacto con otrxs compañerxs, y participando conjuntamente en las luchas comunes en el curso de las cuales se profundiza y desarrolla el análisis insurreccional y los ulteriores proyectos de intervención: en otros términos, la autoorganización de las luchas, la conflictividad permanente, el ataque.

IV. Autonomía de las individualidades.

La humanidad tiene la obligación fundamental de asumir, frente a sí misma, sus propias responsabilidades. No tanto porque tiene la posibilidad de razonar, o sea de escoger, como porque sólo a través de su propia responsabilidad puede ser auténticamente libre.

Naturalmente, esta formulación filosófica de fondo no tiene sentido preciso si se deja en la oscura noche de la metafísica. Realmente, no es del todo verdad que la humanidad esté continuamente inmersa en un proceso de reflexión y de decisión: la mayoría de las veces, en la mayor parte de las acciones que cumple en la vida y que constituyen la regla general del vivir cotidiano, actúa según la costumbre, se abandona al "dejarse vivir".

La persona que vive asumiendo sus propias responsabilidades no es excepcional, ni por ello puede definirse anarquista, es únicamente alguien que

reconoce la obligación moral y las reglas fundamentales de vivir libre.

De este modo, construye día a día su autonomía basándola en las leyes que experimenta a través de la experiencia suya y de los demás, sin que ésta constituya para ésta puntos de referencia obligatorios, leyes. La mayoría de las veces, por tanto, sus acciones responsables se realizan haciendo aquello que hacen lxs demás, pero esto es siempre un decidir hacer aquello que la propia responsabilidad moral tiene por justo, no habiendo en absoluto un salto de calidad cuando la propia responsabilidad moral decide algo diferente de lo que hacen lxs demás. Es importante aclarar que una persona que acepta totalmente las órdenes de otra y las sigue sin someterlas a crítica responsable, no es autónoma, pero no por ello cesa su responsabilidad en las acciones que cumple siguiendo las órdenes recibidas.

Es lógico que haya muchas acciones de la vida humana que se traspasen a un plano distinto de aquel de la responsabilidad personal, y es bastante razonable que así suceda. Quien que va al médico y sigue sus prescripciones, la que confía a un arquitecto el proyecto de un puente o de una casa o cualquier otra

situación, delega su autonomía en las manos de otra persona que es técnicamente más hábil que ésta para tomar, en su puesto, ciertas decisiones: pero esta delegación nuestra debe ser siempre revocable según el giro de los acontecimientos y de las propuestas de aquella en quien hemos delegado.

Para una persona autónoma no existen decisiones de otras que puedan tomar la forma de órdenes: de aquí el conflicto entre autonomía y autoridad en la perspectiva individual.

La autoridad es la posibilidad que alguien tiene de ordenar a los demás un cierto comportamiento activo o pasivo. Ésta presupone, por tanto, la existencia de un poder que permite esta posibilidad de orden. Por este motivo no siempre es posible distinguir entre poder y autoridad. En principio el poder está constituido por todos los medios que alguien posee para ejercitar una autoridad (o sea, una posibilidad de dictar normas de comportamiento activo o pasivo).

La filosofía política ha hecho una distinción entre poder y autoridad un tanto diversa, complicando con ello las cosas increíblemente. Nos dicen: si un ladrón me constriñe con un arma a entregarle la cartera, yo

obedezco porque temo un daño mayor, pero no reconozco al ladrón ninguna autoridad sobre sí mismo, no reconozco más que un poder (fundado, realmente, en el arma que empuña). Por el contrario, cuando el Estado me llama para el servicio militar, o para el pago de impuestos, obedezco porque le reconozco el derecho de hacer lo que hace, o sea, le reconozco una autoridad.

El razonamiento está equivocado. La distinción entre poder y autoridad es de tipo metodológico y no sustancial: obedezco al Estado que me obliga a cumplir el servicio militar, o a pagar impuestos, porque temo un daño mayor (pecuniario, personal, etc.), por tanto, es justo decir que reconozco al Estado un poder en todo similar al del ladrón que empuña la pistola en la oscuridad de la noche, y una autoridad idéntica a la que al ladrón le viene de la pistola.

De este modo tenemos dos resultados: primeramente, se han fundido los significados de autoridad y poder, desvaneciendo el sentido de la primera palabra si no está asistida de la presencia de la segunda; segundo, se ha reducido el significado de poder al de instrumento concreto a disposición de la autoridad para que pueda

realizar lo que, de otra forma, quedaría en letra muerta.

Traspassando nuestro sencillo razonamiento al campo político, el Estado ya no es la organización a la que se le reconoce una autoridad suprema en el interior de un territorio donde se ejerce esta autoridad, sino la organización que posee los medios adecuados (el poder adecuado) para ejercitar la autoridad más fuerte en un territorio dado sobre los que, para evitar un mal mayor, acaban por reconocerlo.

La otra autoridad, la desligada del instrumento represivo del poder, la verdaderamente democrática, elaborada en los organismos asociativos de base, la que nace en las discusiones de las asambleas, nunca ha estado tomada en consideración. Y es sobre ésta sobre la que debemos poner nuestra atención.

En efecto, cuando me encuentro delante de un problema nuevo, puedo recibir dos comunicaciones del exterior: una, de tipo autoritario en el sentido tradicional, que me dice lo que tengo que hacer; la otra de tipo asociativo en el sentido nuevo y revolucionario, que me proporciona solamente la ocasión de entrar en contacto con el problema que desconozco, dándome al mismo tiempo motivos de

elucidación sobre el porqué y las consecuencias de lo que tengo que hacer.

Se debe añadir, para evitar una crítica fácil, que este último comportamiento, para ser verdaderamente democrático, debe adoptar el mismo procedimiento no sólo en la decisión relativa a cierto problema, sino también en cuanto a la elección del problema mismo.

Con el procedimiento democrático, en la reunión, me encuentro en contacto con el problema, y realizo un proceso que permanece siempre autoritario (vista la necesaria presencia de lxs compañerxs mejor informadxs), y está caracterizado por una autoridad que podremos definir como persuasiva y que no posee un instrumento idóneo para transformarse en autoridad coactiva. Es decir, como está privada de poder en el sentido que antes habíamos visto.

Obviamente, este esquema sirve de modelo límite del comportamiento político, pero, en realidad, la humanidad se encuentra constreñida a luchar en unas determinadas condiciones históricas que la ponen en contacto determinado con la autoridad. En efecto, hasta la autoridad más despótica del mundo, da razones para obedecer a sus imperativos y razones

para combatir las. Aquí está la dificultad de la solución del problema político y de la lucha revolucionaria. A medida que se pasa del régimen autoritario al social-democrático, aumentan las razones para obedecer a la autoridad estatal y se hacen más difíciles de individualizar las razones para combatirla y destruirla.

Esto es lo que caracteriza de un modo preciso el conflicto autonomía-autoridad en la vida comunitaria. La humanidad está llamada a afrontar problemas mucho más complejos de los específicos de la vida individual. Para la mayor parte de las personas, la comunidad se presenta como algo extraño y enemigo, algo que se realiza concretamente bajo el aspecto de burocracia y de tradición. El Estado, con todos sus aspectos coercitivos, la cultura en todos sus aspectos conservadores fundados sobre la tradición, acaban por construir a los sujetos individuales, una serie de obstáculos insuperables que lo separan de una toma de conciencia y, además, de una responsabilización de los problemas políticos.

De este modo, cada uno se construye una ética barata, reducible casi siempre a un concepto de obediencia a ciertas prescripciones, a ciertas personas que

representan la autoridad de una manera más inmediata, a ciertos preceptos de orden general.

Es el aspecto político el que da significado a la autonomía moral, por lo que la posibilidad de separación entre el empeño político y responsabilidad llega a ser puramente teórica.

Tenemos como consecuencia que la autonomía de las sujetxs individuales está relacionada con la toma de conciencia de ciertos hechos, con la documentación, con el desarrollo de ciertas facultades críticas y con el mantenimiento de ciertos contactos ambientales. El poder democrático moderno se funda en la ignorancia y en la apatía de las gentes, características éstas que son alimentadas certeramente por ciertas iniciativas.

La situación actual del capitalismo desarrollado requiere niveles tales de información que no es fácil para las personas del común obtenerlos sin un esfuerzo considerable. La estructura burocrática y tecnológica es tan compleja que puede poner en serio peligro la posibilidad de autonomía de lxs sujetos individuales.

La solución más lógica es la de la democracia: las personas no pueden pensar en ser autónomas hasta que no se den un gobierno hecho por ellas, un gobierno que no sea sobre el pueblo o a favor del pueblo, sino un gobierno hecho por el pueblo. De esta forma, las órdenes de este gobierno serán legítimas porque será el pueblo mismo quien las ha dado. Se trataría, según esta concepción, del paso del concepto de autonomía individual al concepto de autonomía colectiva, de individuxs.

Teóricamente, la solución democrática debería empezar en la democracia directa: cada individualidad se expresaría sobre cada acontecimiento y sobre todas las leyes, dando su asentimiento o su disconformidad. Pero, en la práctica, aparte de las cuestiones técnicas que hacen improbables la utilización de estos medios a amplia escala en la sociedad de hoy, queda el hecho de que la decisión de las personas, ante una determinada ley, no contemplaría el momento sucesivo, el de la aplicación coactiva de la ley que se confía a un organismo investido, por esta misma razón, de un poder totalmente diferente al decisional que había llevado a admitir la oportunidad de la ley.

La solución más corriente sería, por tanto, la de un persistente conflicto entre deber e interés, que llevaría a la comunidad a una situación tal que haría válida la intervención de instrumentos creados para la aplicación coactiva de la ley. De ahí a la formación de la ley sobre la voluntad y la autonomía individual el paso sería breve: sustancial modificación de un Estado de derecho a un Estado de fuerza.

Con la solución de la democracia representativa se superan algunos obstáculos: el del tiempo a dedicar a los asuntos políticos (no todxs disponen de tiempo para ello), el de los conocimientos técnicos necesarios, el del número de personas que se debería consultar sobre cada disposición. Se trata de obstáculos que en realidad no existen y que han sido aumentados por aquellxs que están interesados personalmente en que se realice la delegación del poder.

Prácticamente todxs deberían tener tiempo para dedicarse a los problemas políticos y la vida de hoy nos enseña cómo toda nuestra existencia está señalada por la dimensión política: lo mismo es válido para los conocimientos técnicos necesarios, salvo que se quiera tener presente la dimensión de la sociedad capitalista marcada por la clásica división entre trabajo manual y

trabajo intelectual. Por lo que concierne, finalmente, al problema del número de lxs individu@s a consultar, sería también inexistente una vez que se parta del concepto asociativo, federativo y descentralizado de la estructura económica-social del futuro.

Pero el problema más importante, en este terreno, es éste: ¿puede la democracia representativa garantizar la autonomía de las personas, y al contrario, puede un alguien responsable sentirse comprometido en respetar las leyes aprobadas por los demás, incluso si son sus delegadxs?

Cuando alguien se encuentra en la imposibilidad de expresar su propia opinión o de tomar una decisión cualquiera acerca de un argumento de su interés, puede delegar a otrx para que actúe en su lugar, definiendo los límites del mandato conferido.

Estamos frente al concepto de delegación que, en su visión original, debería servir como salvaguarda de la autonomía de las personas.

Pero los límites de la delegación de poder en la forma clásica son demasiado estrechos para poder identificarlos en el mandato parlamentario. En efecto,

¿qué es lo que determina mi elección de unx candidatx al parlamento? No son ciertamente las indicaciones precisas y detalladas sobre las futuras leyes que éstx votará, que no conozco y que tampoco éstx conoce: la base de mi decisión la constituye su programa político, base muy aleatoria y vaga para poderla identificar con los límites precisos y circunscritos del mandato de representación.

Por tanto, dada la imposibilidad de un mandato preciso, dado que las decisiones tomadas en el parlamento serán tomadas en nombre de la nación y por tanto llegarán a ser coactivas para las personas independientemente de su opinión personal, que se verá de este modo privada de su autonomía y responsabilidad: dado que no existe otro camino para garantizar la obligación moral que, siendo necesaria para vivir en sociedad, solamente puede encontrar origen libertario en la decisión del individuo, el instrumento democrático entendido bajo forma de delegación representativa parlamentaria no tiene utilidad y debe ser criticado, atacado, boicoteado con todos los medios a disposición.

La cohabitación de la estructura parlamentaria con la estructura autónoma necesaria para la autogestión no

es pensable. Están en contradicción fundamental. La primera utiliza formas democráticas que sólo aparentemente tienen en cuenta la autonomía de la base; la segunda hace de esta autonomía el punto esencial de partida de todas las posibilidades constructivas. Una sociedad autogestionada que deja intacto su sistema de delegación no es solamente impensable, sino que, aunque llegara a realizarse durante cierto tiempo, estaría dirigida al fracaso total y hacia la dictadura.

Todas estas reflexiones sobre la autonomía de las individualidades, en cuanto tal y en cuanto elemento de una comunidad, nos llevan directamente ante el problema de las clases y de la contraposición de clases.

No es cierto que hablar de "autonomía de las individualidades" excluya la posibilidad de un razonamiento de clase, en cuanto que no es cierto que las individualidades sean una creación de la fantasía filosófica reaccionaria. La individualidad es una realidad concreta de la cual no se puede prescindir en un razonamiento de clase, si no se quiere transformar el proyecto revolucionario de liberación en un proyecto autoritario. El modo más expeditivo de acabar con la individualidad es el partido y el

centralismo, estructuras mentales concretas que le ahogan en nombre de un pretendido interés superior.

Por el contrario, aclarando las condiciones que garantizan la autonomía de las individualidades, resulta mucho más simple deducir el paso a las condiciones que aseguren la autonomía de la clase explotada. De hecho, la responsabilización hacia las propias acciones y las propias ideas es condición esencial para la construcción de una perspectiva concreta en el conflicto de clase: una perspectiva que prevenga a la base y que se dirija hacia un socialismo antiautoritario. La negación de la validez del sistema representativo y el examen de los límites de la delegación, son también condiciones indispensables al trabajo constructivo de todo lo dicho. Lejos de ser elementos de una torre de marfil donde el privilegiado acaba encerrándose, estas condiciones de la autonomía de las individualidades son la base esencial de la autonomía de la clase explotada.

Segunda parte: **Anexos**

**Memoria defensiva presentada ante
el
Juez de la Audiencia Preliminar de Roma el
8 de marzo de 1997.**

Trascripción de la grabación en cinta magnética.

Yo, el abajo firmante Alfredo María Bonanno, imputado en el procedimiento en curso núm. 8447/95 junto con otras personas, con la presente Memoria deseo clarificar algunos elementos de la acusación que considero fundamentales. Declaro previamente que no es mi intención evaluar las imputaciones particulares. Se ocupará de ello mi abogado. Declaro igualmente que no deseo entrar en los numerosísimos casos de la Ordenanza, en los que la hipótesis “a priori” de la existencia de una “banda armada” viene siendo utilizada para explicar algunos hechos. También de esto se ocupará mi abogado.

Me limito a negar en el modo más absoluto la existencia de una “banda armada” denominada “Organización Revolucionaria Anarco Insurreccionalista”, basada, según la ordenanza del Juez de Instrucción, sobre la construcción de “Grupos de Afinidad”, de “Núcleos de Base” y “Coordinadoras”. Y ya que en esta ordenanza en cuestión, en su página 5, se afirma que tal organización ha sido por mí “teorizada”, me veo obligado a declarar de la manera más clara posible que jamás he teorizado nada del

género, ni en mis escritos, publicados en periódicos, revistas y libros; ni en mis conferencias, debates o comicios públicos.

Desafío a cualquiera a probar lo contrario.

Me interesa remarcar que todo cuanto he escrito en el artículo *Nueva vuelta de tuerca del capitalismo*, considerado por los investigadores como la base teórica de la “Organización Revolucionaria Anarquista Insurreccionalista”, no concierne a una “banda armada clandestina” y esto por dos motivos. Primero, porque una simple lectura de dicho texto clarifica mejor que cualquier comentario sobre su contenido. Segundo, porque tratándose de un borrador para las conferencias realizadas por mí en algunas universidades griegas en 1993, no podría ciertamente haber hablado delante de centenares de personas de cómo organizar una “banda armada clandestina”.

El redactor del R.O.S se encontró también con este problema y deshizo el nudo cortando por lo sano, afirmando que esas conferencias nunca se realizaron. Afirmación por mí demostrada falsa. No podía existir otra conclusión posible para el redactor de la Anotación. En caso contrario, es decir, admitiendo la existencia de las conferencias griegas, debía admitir

también que el contenido de mi artículo era aquel en cuyo título se afirmaba, una digresión de las teorías que vengo sosteniendo desde al menos veinte años.

¿Pero cuáles son estas teorías?

Trataré aquí de resumirlas en pocas palabras.

La reestructuración del capitalismo y del Estado, mediante el abundante empleo de las tecnologías telemáticas, ha transformado de tal manera a los llamados medios de producción (sectores industriales, comerciales, de servicios, etc.) hasta volver estos medios completamente inutilizables desde un punto de vista revolucionario. En el caso entonces de una revolución, no estaríamos de frente a una situación que se ha verificado otras veces en el pasado, es decir, el paso de los viejos poderes a los nuevos poderes revolucionarios, y una gestión de estos últimos de acuerdo a las diferentes posiciones, sea en vista del establecimiento de un nuevo poder (autoritarios marxistas), o sea en vista de la abolición de todo tipo de poder (antiautoritarios anarquistas).

En definitiva, los medios de producción, a través de las actuales transformaciones tecnológicas, son completamente inutilizables, y por tanto deben ser

destruidos, a partir de ya, sin esperar al momento revolucionario.

Es en esta perspectiva donde se introduce la concepción insurreccional del anarquismo, que empuja a lxs anarquistas a tomar conciencia de la transformación del capital y del Estado, y a organizarse en pequeños grupos llamados “grupos de afinidad”.

¿Pero qué es la afinidad? El anarquismo no es solamente un proyecto político y social, es también un modo diferente de concebir la vida. Por este motivo debe partir de la propia individualidad y no de programas ideológicos preconfeccionados. Las relaciones entre anarquistas son por lo tanto, antes que nada, relaciones personales. Son relaciones entre personas que aman la libertad. Estas relaciones se fundan sobre un profundo y recíproco conocimiento. Sólo el mutuo conocimiento puede demostrar si existe realmente afinidad, y por tanto si se puede hacer algo juntas. Un grupo de afinidad es por lo tanto un conjunto de compañerxs (aunque sea pequeño, por ejemplo dos compañerxs) que se conocen y han conseguido trabar afinidad, ya sea en la vida cotidiana o en los análisis políticos o económico-sociales.

Este grupo estudia, reflexiona, vive, ataca al poder, eligiendo de un modo absolutamente autónomo las maneras y los objetivos de esta su actividad anárquica, sin jefes y sin programas teóricos confeccionados fuera de su propio seno.

Ciertas veces, en su vida, los grupos de afinidad, o simplemente cada compañerx, deben afrontar problemas complejos, como por ejemplo participar en las luchas de masas contra ciertos objetivos. En este caso dan vida a organizaciones informales.

¿Pero qué es una organización insurreccionalista informal? Es la unión temporal de individualidades anarquistas, de grupos de afinidad y de personas que no son anarquistas pero que tienen interés en participar en una lucha específica para reivindicar sus derechos o para impedir que se cometan abusos. Sólo dos ejemplos significativos: el Movimiento autónomo de base de ferroviarios del Compartimiento de Turín, que duró cerca de un año; la Coordinadora de las Ligas Autogestionadas contra la construcción de la base de misiles de Comiso en Sicilia, que duró dos años.

Antes de concluir quiero remarcar mi indignación por el intento de hacerme pasar como “capo” de una organización, cualquiera que esta sea.

En tanto que anarquista, estoy en contra del concepto de dirigente, y sobre este punto, todos los anarquistas estamos de acuerdo sin excepciones. Ninguna anarquista aceptaría formar parte de una estructura dotada de un organigrama jerárquico. La gran riqueza del anarquismo es su profundo deseo de libertad así como su profundo desprecio por todas las jerarquías y todos los poderes, incluso aquellos que se proclaman revolucionarios.

Personalmente he luchado toda la vida en contra de la mentalidad autoritaria, también cuando tomaba la forma de la llamada izquierda revolucionaria. A los partidos armados he realizado siempre mi crítica con puntualidad.

Una “banda armada”, una organización armada clandestina, es demasiado poca cosa para contener todo mi deseo de libertad y toda mi voluntad revolucionaria de destruir el poder, sería como recluirme en una habitación cerrada cuando puedo tener ante mis ojos el horizonte libre de nubes.

El poder debe ser destruido, no conquistado. Quien piensa en poderlo conquistar para después destruirlo, permanece prisionero de él para siempre, como los recientes hechos históricos demuestran con claridad.

El proyecto revolucionario del que hablo se basa en luchar junto a la gente para hacerla insurgir contra cualquier abuso y cualquier represión. Lo que mueve a los anarquistas es el deseo de un mundo mejor, de una vida mejor, de una dignidad y una moral que la economía y la política han destruido.

Es por esto que lxs anarquistas dan miedo.

Es por esto por lo que se les encierra en la cárcel.

Es por esto por lo que son consideradxs peligrosxs: por lo que piensan y por lo que hacen.

Por lo que piensan: está claro. Nuestro pensamiento es absolutamente antiestatal. ¿Qué quiere que haga el Estado? Apenas le es posible, nos impide continuar moviéndonos en la sociedad condicionada y sin ideales donde podríamos representar la chispa para la rebelión. Sin duda, podríamos incluso no ser tan peligrosxs, aunque eso nunca se sabe.

Por lo que hacen. Cada anarquista es responsable de las acciones que emprende en su vida, desde los más pequeños actos de la vida cotidiana, hasta los hechos a menudo más complejos, como el ataque contra el Estado, las instituciones y las personas que lo representan.

No existe una responsabilidad colectiva.

Cada anarquista elige sus propixs compañerxs de lucha, habitualmente sobre la base de la afinidad, o sobre otras bases teóricas en las que solo éstx está capacitado para delimitar y profundizar, y así va hacia adelante, hasta el final, hasta la cárcel, hasta la muerte.

Por eso lxs anarquistas no aceptan etiquetas confeccionadas por otrxs, y para otrxs funcionales. No aceptan ser consideradx participes de una organización como la descrita en la “Ordenanza de custodia cautelar” que ciertamente sus redactores han visto actuar en otras ocasiones, ocasiones que no nos atañen, ni pueden hacerlo.

**Posibilidades de desarrollo de la lucha
insurreccional de masas hacia el
comunismo anarquista.**

El fin de la función defensiva y resistencial de las grandes organizaciones sindicales de trabajadores, correspondiente a la caída del centralismo clásico de la clase obrera, permite hoy examinar de manera diferente una posible organización de lucha partiendo de las posibilidades reales de lxs excluidxs, es decir, de esa gran conjunto de explotadx, productorex y no productorex, que de momento se encuentran ya fuera del ámbito salarial protegido o están a punto de ser empujadxs fuera.

En efecto, el anarquismo insurreccional y revolucionario, proponiendo un modelo de intervención en la realidad de las luchas, que se funda precisamente sobre la organización de grupos de afinidad y sobre la coordinación operativa de estos grupos con el fin de crear las mejores condiciones para una salida insurreccional de masa, encuentra inmediatamente, también entre lxs compañerxs más interesadx, una dificultad inicial no fácilmente superable. Muchxs sostienen que se trata de una postura ya pasada de fecha, válida a finales del siglo pasado, pero hoy decididamente “pasada de moda”. Y

las cosas serían simplemente así, si las condiciones productivas, particularmente la estructura de la fábrica, hubiesen permanecido las mismas que hace cien o ciento cincuenta años. Con aquellas estructuras, y con las correspondientes organizaciones sindicales de resistencia, el proyecto insurreccional, vistas las mutadas condiciones conjuntas políticas y militares a nivel internacional, estaría sin remedio perdido. Pero esas estructuras no existen ya. También han desaparecido la relativa mentalidad productiva, el respeto por el puesto de trabajo, el placer de la calidad del trabajo, la posibilidad de carrera, el sentimiento de pertenencia a un grupo productivo, del cual se derivaban los sentimientos asociativos del grupo de resistencia sindical, que en caso de necesidad podía también transformarse en grupo de ataque para luchas más duras, para sabotajes, actividad antifascista y cosas así.

Ahora bien, estas condiciones han desaparecido. Todo se ha modificado radicalmente. La mentalidad de la fábrica no existe ya. El sindicato es una palestra para negociantes y políticos, la resistencia salarial y defensiva en general es un filtro para garantizar pasajes dulces a niveles de costo de la mano de obra cada vez más adaptados a los nuevos ajustes del

capital. La desintegración se ha extendido fuera de la fábrica, llegando al tejido social, despedazando vínculos de solidaridad y de significado en las relaciones humanas, transformando a la gente en extrañxs sin rostro, en autómatas inmersxs en la cloaca invivible de la gran ciudad o en el silencio mortal de la provincia. Los intereses reales son sustituidos por imágenes virtuales, creadas a propósito y utilizadas para garantizar el mínimo de cohesión indispensable al mecanismo social en su conjunto. Televisión, deporte, espectáculos, arte y cultura tejen una red en la cual permanecen enredadxs todxs aquellxs que están en la práctica esperando los acontecimientos, aparcadxs en espera de la próxima revuelta, de la próxima crisis económica, de la próxima guerra civil.

Es esta la condición general que es necesaria tener presente cuando hablamos de insurrección. Nosotrxs, anarquistas insurreccionalistas y revolucionarixs, nos referimos a una condición en acto, no a cualquier cosa que debe todavía llegar, que esperamos que llegue, pero de la cual no estamos segurxs. Ni siquiera nos referimos a un modelo lejano en el tiempo, que como soñadorxs tratamos de reconstruir ignorando las grandes transformaciones presentes. Nosotrxs vivimos

en nuestro tiempo, somos hijxs de este fin de milenio, y portadorxs de la radical transformación de la sociedad que vemos bajo nuestros ojos.

No sólo mantenemos posible una lucha insurreccional, sino que, en la total desintegración de los valores resistenciales, pensamos que ésta es la perspectiva a través de la cual nos deberíamos encaminar si no queremos aceptar totalmente las condiciones impuestas por el enemigo, si no queremos convertirnos en esclavxs lobotomizadx, peles sin sentido en el mecanismo telemático que nos hospedaré en un futuro ya en ciernes.

Estratos cada vez más consistentes de excluidos se están alejando de cualquier consenso, por tanto de cualquier relación de aceptación y de esperanza en un porvenir mejor. Estratos sociales que antes se consideraban establemente fuera de cualquier riesgo social, están actualmente implicados en una inconsciente precariedad, de la cual no pueden salir empleando los viejos métodos de la dedicación en el trabajo y de la moderación en el consumo.

Los anarquistas insurreccionalistas se insertan precisamente en este contexto extremadamente de

desintegración, y desde aquí avanzan en su proyectualidad revolucionaria.

**Por qué somos
anarquistas insurreccionalistas**

Porque luchamos junto a todxs lxs excludxs por aligerar y posiblemente abolir las condiciones de explotación impuestas por lxs incluidxs.

Porque mantenemos que es posible contribuir al desarrollo de las revueltas que van naciendo espontáneamente por todas partes haciéndolas volverse insurrecciones de masa y por tanto reales y verdaderas revoluciones.

Porque queremos destruir el orden capitalista de la realidad mundial que gracias a la reestructuración informática se ha convertido en tecnológicamente útil, solamente a lxs gestorxs del dominio de clase.

Porque estamos por el ataque inmediato y destructivo contra estructuras concretas, individuxs y organizaciones del capital y del Estado.

Porque criticamos constructivamente a todxs aquellos que se retardan en posiciones de compromiso con el poder o que sostienen como imposible la lucha revolucionaria.

Porque mucho mejor que esperar, estamos decididxs a pasar a la acción incluso cuando los tiempos no están maduros.

Porque queremos acabar con este estado de cosas ya, y no cuando las condiciones externas hagan posible su transformación.

He aquí los motivos por los que somos anarquistas, revolucionarixs e insurreccionalistas.

